

Leopoldo era un joven ilustrado, de fisonomía simpática, de miradas irresistibles y de una conversacion florida y amena.

En la frente de aquel joven podia una persona conocedora descubrir algo de lo mucho que ocultaba en su corazon, habia en ella una vaga sombra de tristeza que no podia dejar de reflejarse, por mas empeño que se pusiese en ocultarla.

En vano quiso Laura conciliar el sueño aquella noche; mil ideas cruzaban por su pensamiento, sin poder darse cuenta á sí misma de lo que pasaba en el interior de su sér. La imágen del joven huésped solia presentarse en medio de aquella confusion de ideas, y comprendió que sus miradas habian penetrado hasta el fondo de su alma.

Leopoldo, por el contrario, durmió como duerme siempre el que ha hecho un largo viaje, y mucho mas en nuestro país, en donde para el viajero no hay mas encantos que los que ofrece la naturaleza, y en donde se sufren incomodidades injustificables en un pueblo que blasona de ilustrado y progre-

sista. Además, Leopoldo habia experimentado en la vida, á pesar de su juventud, esos desencargos cuyo último resultado es el enfriamiento del corazon, y el interés por todo aquello que no sea una de esas hermosas ilusiones que vive acariciando y con las cuales se recrea el que no ha recibido las amargas lecciones que el mundo ofrece á medida que avanzamos en su carrera.

Laura tenia una alma sedienta de emociones.

Leopoldo tenia, aunque no gastado, endurecido el corazon para aquellas pasiones en que una mirada es bastante para llenar de gozo el alma. Pero Leopoldo, conocedor del mundo, pensó, y no se engañó, que Laura no amaba á Eduardo, y esta idea le hizo juzgar conveniente permanecer en Campeche algun tiempo mas del que habia dispuesto al llegar.

Laura estaba inquieta, preocupada.

Eduardo..... entregado á una *sirena* que le estaba consumiendo la herencia de Laura. Y Eduardo fué tan indiscreto, que le contó

hasta el último pormenor de su vida á su amigo.

Leopoldo sacó en conclusion que ni Eduardo amaba á Laura, ni Laura á Eduardo.

Entonces se creyó autorizado á todo.

El lenguaje del seductor es siempre tan dulce, tan lleno de fuego y de entusiasmo, y el de los maridos como Eduardo, tan frio, tan cansado. . . . .

Parecia que Laura se encontraba en una region de luz, de armonía y de encantos; parecia que su corazon habia despertado de un largo y penoso sueño.

Ella, que hasta entonces no habia escuchado el idioma de los suspiros y de las miradas; ella, para quien hasta entonces el amor no era sino una palabra vaga, indefinida, al escuchar á Leopoldo sintió ofuscarse su razon, sintió que no tenia dominio alguno sobre sus acciones, y abrió su alma, llena de ardor, llena de nueva vida, á una pasion que ocultaba sus horribles consecuencias con las flores hechiceras que vestia.

El semblante de Laura denunciaba la pasion que habia sentido en su pecho.

Leopoldo comprendió que era amado.

Laura deliraba, amaba por vez primera y como ama la mujer que dá rienda á sus pasiones, sin conocer el peligro, porque nadie la ha enseñado á vencer los ímpetus del corazon.

¿Querrá el mundo, pretenderá la sociedad exigir otra conducta á aquellas personas que han crecido como las plantas, libres, y cuya direccion en vano querria variarse cuando han ya los años impreso su huella sobre ellas?

¿Podrá esperar otra cosa el hombre que lleva al altar á una jóven á quien no ama y de quien no es amado?

¿Hay acaso otro castigo para los amantes mercenarios?

La pobre huérfana abandonada, la víctima de una madrastra, era arrastrada por una fuerza poderosa é invencible.

Un dia Laura estuvo muy triste.

En sus ojos se reflejaba un remordimiento.

Después..... nada.

Laura volvió á estar contenta; pero su alegría duró muy corto tiempo.

Leopoldo anunció á los esposos que sus negocios en Mérida demandaban su presencia en aquella capital.

Entretanto, Laura se convenció de dos horribles verdades.

Estaban ya en la miseria, y Eduardo no sabía trabajar, como tampoco ella.

Leopoldo estaba hastiado.

Se disponía á emprender el viaje de retorno á Mérida, cuando un suceso inesperado le vino á imponer el yugo que había querido evitar.

El día anterior á aquel en que Leopoldo debía emprender su viaje á Mérida, presentóse Laura en su aposento, todavía muy de mañana.

Su semblante estaba descompuesto, sus ojos indicaban que había llorado mucho, sus negros cabellos caían en desorden sobre su blanca bata de lino, y en verdad que estaba,

en medio de su pesar, llena de un encanto irresistible.

—¡Leopoldo, estamos perdidos! exclamó al hallar á su jóven amante.

—Nada temas, mañana emprendo mi viaje, y todo quedará envuelto en el misterio.

—Es que Eduardo me ha abandonado para siempre.....

Esta noticia inesperada conmovió hondamente á Leopoldo.

Sus cálculos habían salido fallidos.

Laura, para sacarlo de su estupor, presentóle una carta, que él leyó con avidez.

La carta era de Eduardo, y decía así:

“Léjos de aquí estaré cuando leas esta carta. He resuelto buscar en el extranjero la vida que ansío y que á tu lado no puedo hallar. Leopoldo será para tí, seguramente, un *buen amigo* que no te abandonará, como yo me veo precisado á hacerlo, hoy que me he convencido de que no podemos ser felices viviendo unidos como hasta aquí. Ningun lazo existe entre nosotros.”

La escena que siguió á la lectura de aque

lla carta, es de aquellas que la pluma se resiste á trasladar al papel.

Laura estaba en la miseria, y lanzada ya á la carrera del crimen.

Leopoldo no pudo ser sordo á los gritos de su conciencia en aquel momento, y echó sobre sus hombros la pesada carga de una familia.

Tres dias despues salieron los amantes para Mérida, dando pábulo á la maledicencia de las gentes, que referian aquel drama revistiéndole de los colores mas horribles.

Al llegar á la capital de Yucatan, Leopoldo fué á vivir al seno de su familia, y Laura quedó en la pequeña casa en que escuché esta historia

Los años, en su curso, fueron ligando mas y mas á aquellos dos seres, y con aquellos lazos que solo la muerte puede romper.

Pero llegó un dia en que el hastío de Leopoldo fué supremo, y en que á su vez abandonó para siempre á la infeliz jóven á quien habia precipitado al crimen.

Entónces verificóse una reaccion en los

sentimientos de la desgraciada huèrfana; entónces los golpes de la suerte le hicieron pensar..... y pensó en el porvenir de sus hijos.

Abandonó la infame senda del vicio, á que la habia conducido su falta de educacion moral y la conducta de un marido miserable, y dedicóse al trabajo.

Así vive hasta hoy, respetada de todos, porque no ha habido para esa turba de seductores que abunda hoy en todas partes, quien merezca de ella una mirada siquiera que pueda hacer concebir una esperanza.

Y como mis lectores desearán saber cuál fué el destino que cupo á Margarita, la viuda de don Camilo, á cuyo carácter indomable debió Laura su desgracia, diré, que despues de llevar una vida escandalosa, murió abandonada, sola, en el hospital de San Juan de Dios, en la ciudad de Campeche.

En cuanto á Leopoldo, no se ha casado ni se casará nunca. Tampoco es feliz.